

ÉRASE UNA VEZ UN TRASGO

por Nate French

Durante meses, la Arconte conocida como "La que lidera a los elegidos" había sido el hazmerreír de todos sus competidores en el sector 347 del Crisol. "Una victoria regalada" la llamaban algunos, y hay quienes llegaban a afirmar que no valía la pena ni practicar con ella. Sea como sea, nadie daba nada por ella, y los demás equipos no la consideraban una amenaza potencial para sus esfuerzos de acumulación de Æmbar.

Hace unas semanas, todo eso empezó a cambiar. ¿Que por qué? Pues porque acudió a mí. Por lo general, hago análisis de otros Arcontes por encargo de mis clientes, pero para este trabajo, fue La que lidera a los elegidos la que me pidió echar un ojo a su propio equipo y que le sugiriese cambios...

—**E**n su casa, Harry se pasa el día durmiendo, cuando sale, Harry se pasa el día comiendo, Harry es un abusón por la mañana, Harry es un comilón toda la semana. Harry comiendo es un espectáculo dantesco. Paladea platillos pintorescos, es un devorador gargantuesco, castiga el plato, consume todo el rato, vacía la despensa y se traga hasta las mesas. Todo estómago se resiente y se come todo el Æmbar como si fuera alpiste. Todo lo digiere, digiriente. Le aburren los dulces. Qué triste.

El trasgo Pingle estaba haciendo lo que mejor se le daba: incordiar. Bailoteaba por el campo de batalla, canturreando, con su aguda voz y a grito pelado, una cancioncilla improvisada con algo de sentido pero a medio camino del más absoluto absurdo. Dirigía sus esfuerzos contra el Arconte rival, Harrison de las Fauces Omnipotentes, con la intención de provocarlo a él o alguno de sus seguidores y que cometiese algún error.

Casi siempre mordían el anzuelo.

—¡Eh, trasguete! —lo llamó una voz atronadora, que precedió a la aparición de una colosal figura serpentina con Amenazadoras alas de murciélago en la cima una colina cercana—. Lo que te vas a comer es un par de galletas.



—¡Estupendo! ¡Que sean rellenas de chocolate! —se burló Pingle mientras metía la mano en su saquillo para sacar un gigantesco huevo de larva de la podredumbre.

Le encantaban estas cosas.

Debajo de la cáscara tenían una fina capa de fluido protector que era al mismo tiempo pegajoso y ligeramente corrosivo, y además apestaba como mil demonios. Si querías incordiar a alguien, lanzarle uno de estos huevos era casi infalible.

¡CHOFF!

Por algo lo llamaban "el francotirador". El huevazo no iba a causar daños graves, pero la reacción de la víctima sería bastante predecible.

—¿¡QUÉ NARICES!?! ¡Ahora sí que te la has cargado, trasguete! —rugió el demonio de pantano, que empezó a cruzar el campo a toda prisa sin dejar de limpiarse restos de huevo de la cara.

Pingle ya había puesto pies en polvorosa de vuelta al bosque invertido, y pasó por debajo de la trampa de cable que había colocado. Su perseguidor tropezó con el cable y las bocinas que había atado a los árboles emitieron un estruendo. ¡Perfecto! Los troles debían estar al caer en cualquier...

¡PAM!

Pingle se agachó en el último segundo, esquivando por poco un zarpazo de la criatura, y se puso a bailar detrás de uno de los árboles invertidos. ¿Dónde estarían aquellos troles? Metió la mano en el saquillo para sacar un segundo huevo, pero se lo pensó mejor cuando vio que otro demonio de pantano, aún más grande y feo (si es que eso era posible) emergía de un barranco próximo.

Devolvió el huevo al saquillo, dio media vuelta y corrió hacia el puesto de mando de su Arconte. Era bastante probable que se cruzara con los troles, que vendrían de esa dirección, y no pensaba enfrentarse a solas a dos demonios de pantano.

Mientras corría por el bosque, se topó con los cadáveres de sus compañeros troles. Algo había acabado con ellos. Nadie acudiría al rescate. Los demonios de pantano le pisaban los talones, pero los ralentizaban los árboles de ramas colgantes, así que lograba mantenerse fuera de su alcance por poco. Si lograba llegar al puesto del mando, en la falda de la colina que había en el centro del bosque, los defensores del puesto lo protegerían. Así que corrió, y las criaturas lo siguieron.

Qué raro. Normalmente son bastante más rápidos, pensó Pingle, aunque no iba a quejarse de su suerte. Se deslizó por debajo de un sauce venenoso invertido y el puesto de mando apareció ante sus ojos. Su Arconte, La que lidera a los elegidos, estaba allí, preparando a toda prisa una remesa de Æmbar para forjarlo. No se veía a los defensores por ninguna parte. Al ver a la Arconte, los demonios de pantano aceleraron el ritmo. Pingle se escabulló detrás de una roca para apartarse de su camino, y los demonios pasaron a su lado sin prestarle atención.

Pingle, consciente de su error, sacó otro huevo y lo estampó contra el lomo escamoso del segundo demonio de pantano, justo entre sus alas. ¡Diana!

Pero no sirvió de nada.

Los demonios interrumpieron el ritual de forja, capturaron el Æmbar y huyeron hacia el bosque.

La que lidera a los elegidos miró a Pingle con una mirada de ¿decepción?, o más bien de fastidio, en el rostro. Se encogió de hombros. ¿Qué esperaba que hiciera?

Unos instantes después, la forja mística de la Arconte se evaporó, y un rugido triunfal tronó desde el barranco.

La competición había llegado a su fin. Harrison de las Fauces Omnipotentes había forjado su tercera llave, y se daría un atracón esa noche. La que lidera a los elegidos, la única Arconte que le había dado jamás una oportunidad a Pingle, había perdido. Otra vez.



Aquella noche, mientras tejía una telaraña encima del grupo en un claro, pude percibir que la moral estaba baja. No era solo porque fuese el décimo fracaso seguido (yo ya había analizado tres de las competiciones de esta racha). Era por el común denominador de las derrotas: Pingle.



—¿Podría explicarme alguien —exclamó La que lidera a los elegidos— cómo puede acabar destruida una partida de guerra Brobnar entera en un solo combate?

—Tenían demonios, jefa —respondió el trol conectado a ella por zarcillos resplandecientes de luz de Æmbar; la restauración arcónica era una de las muchas cortesías integradas en el ritual de la competición: aunque a veces el campo de batalla podía tornarse violento, ninguna de las bajas era permanente, ya que los Arcontes habían jurado en el nombre de los Arquitectos restaurar la vitalidad de cualquier miembro de su equipo que cayese en la contienda.

–Además –añadió el otro trol, al que acababan de restaurar y estaba recostado sobre una piedra intentando quitarse el mareo– No ha sido la partida de guerra Brobna *entera*. Hubo un superviviente.

El trol miró al otro lado del claro, a donde estaba Pingle.

–La supervivencia del más fuerte, cabeza de chichón –replicó Pingle.

–Te voy a enseñar yo una cabeza de chichón –gruñó el trol, que intentó ponerse en pie para tropezar una, dos veces, y luego trastabilló hasta quedar sentado. Los efectos secundarios de la recuperación tardaban en pasar unas horas. –Bueno, quizá por la mañana.

–Si es que piensas que podrás sobrevivir a esta noche –escupió Pingle–. Vosotros sois mejores muriendo que haciendo cualquier otra cosa útil. Si hubierais aparecido donde debíais hoy, podríamos incluso haber ganado.

El trol agachó la cabeza. Pingle se enorgullecía de su capacidad de supervivencia, y la Arconte solía felicitarle por su resistencia, ya que era uno de los pocos puntos destacados del equipo. Los otros miembros de la cohorte tenían sentimientos encontrados sobre el tema, desde amargura y rencor cuando pensaban que ellos estaban haciendo todo el trabajo sucio, hasta humillación y vergüenza cuando los ánimos estaban por los suelos y pensaban que no podían hacer nada a derechas.

Yo ya no podía seguir en silencio. Bajé con un hilo de la rama que había sobre la Arconte y le susurré al oído.

La Arconte se quedó estupefacta, como si nunca se le hubiera ocurrido algo tan obvio.

–Vale la pena intentarlo. Hablaré con él –dijo. Volví a subir (¿bajar?) por el árbol invertido para rematar mi telaraña. Lejos de la civilización, una araña tiene que hacer lo que pueda con lo que tiene a mano.



–La destrucción es temporal, el orgullo es para siempre –le susurré al oído a Pingle, subida a su hombro mientras atravesaba el sotobosque tras las líneas enemigas.

–Supongo que tengo que confesártelo, araña escritora: Tengo miedo.

–¿De qué tienes miedo? La Arconte te traerá de vuelta después.

–Nunca me habían destruido. Y no suena agradable. Esta racha ininterrumpida de competiciones sobreviviendo, mi capacidad aparentemente sobrenatural para evitar a los combatientes enemigos... Es todo porque tengo miedo de ser destruido.

–¿Estás diciendo que nunca...?

–Ni una sola vez. Y la verdad, no me apetece nada.



A Pingle le entró un escalofrío, y tuve que hacer fuerza con un par de piernas extra para no perder el equilibrio.

–¿Qué te dijo la Arconte? –le pregunté.

–Me soltó una larga arenga idealista sobre el sacrificio, el valor y que en un equipo no hay sitio para el egoísmo. Nada de eso me convenció. Pero entonces dijo que, si no me sacrificaba por el bien común en la siguiente competición, me pasaría los próximos cuatro ciclos limpiando ollas. Y... bueno. ¡No, gracias!

–Y aquí estamos.

–Sí, señora. Aquí estamos.

–La destrucción es temporal...

–El orgullo es para siempre –Pingle tragó saliva–. Eso he oído.

El equipo estaba compitiendo contra Jefe Zarek, el Arconte más dominante de la zona. Llevaba casi tres ciclos sin perder ni una Cámara, y sus acólitos hacían que los demonios de pantano de Fauces Omnipotentes parecieran inofensivos en comparación.

Me di cuenta de que a Pingle no iba a costarle demasiado conseguir que lo destruyeran.

–Érase una vez, Pingle es un tipo elegante, érase una vez, el Jefe Zarek es solo un...

Un monstruo conocido únicamente como "El Terror" se alzaba delante de él, una gigantesca criatura insectoide indudablemente tan terrorífica como su nombre daba a entender. Incluso a mí me impresionó la velocidad con la que había rastreado y localizado a Pingle.

–...farsante.

Pingle completó su rima y el engendro le mostró las pinzas, chasqueándolas. Antes de que pudiera darme cuenta, huíamos a refugiarnos en las cavernas cercanas. El Terror no podría seguir a Pingle por una abertura tan reducida y existía la posibilidad de que pudiera sobrevivir a la batalla allí.

–¡Pingle! –le susurré al oído–
¡Detente! ¡La destrucción es temporal!
¡El orgullo es para siempre!

Siguió corriendo, e incluso diría que aceleró un poco.

–Recuerda lo que dijo la Arconte... ¡debes plantar cara!
¡Haz frente a El Terror!

Era como si ni siquiera estuviese allí, y Pingle se acercaba cada vez más a las cavernas.

En ocasiones como esta es cuando una vieja araña escritora tiene que tomar las riendas de la situación. No es que esté muy orgullosa de lo que aconteció después, pero tenía que pensar en las reseñas de mis clientes y en futuras oportunidades de contratos.

Subí por la clavícula de Pingle hasta llegar a la gruesa vena que recorría su cuello. Poseo distintos tipos de veneno: uno mata,



otro adormece, el último ralentiza a la víctima y embota sus sentidos. Para lo que iba a hacer, necesitaba el último. Le inyecté a Pingle una buena dosis del veneno relajante.

—¡Condenada araña del demonio! —gritó, y pronto sintió cómo le pesaban las piernas, tropezó y cayó al suelo—. ¿Qué es lo que me has hecho? —se lamentó.

Parpadeé y me puse a salvo saltando a un leño. El Terror se acercó. No hay ninguna manera delicada de describir lo que ocurrió a continuación.



Mucho más tarde, Pingle se despertó entre los vítores de su partida de guerra. Le daba vueltas la cabeza, pero jamás había visto semejante humor en el campamento.

—¿Qué... ha pasado? —preguntó.

—Que los Arquitectos te bendigan, trasgo... ¡Hemos ganado! —rugió uno de los troles.

—Y todo gracias a ti —añadió La que lidera a los elegidos—. El Terror te atrapó fuera de las cavernas, pero desperdió demasiado tiempo ocupándose de ti y el Æmbar que llevabas. Subestimó por completo al resto de nuestras fuerzas, y los troles lo asaltaron por sorpresa. Después de hacerlo huir, siguieron con su carga y acabaron con un batallón entero de caballeros. Seguimos aprovechando este ímpetu y, para cuando nos quisimos dar cuenta, ¡le habíamos dado la vuelta a la tortilla como nunca se había visto en esta temporada!

—¿Me estás diciendo... que me destruyeron?

—Vaya que sí, Pingle. ¿Cómo te sientes?

—Cansado, dolorido... —se detuvo—. Estupendamente.

Pingle sonrió. Tenían razón con lo de que la destrucción era temporal. Pero los héroes lo eran para siempre.